

RECONFIGURACIÓN  
DE LA VEJEZ Y LA VIUDEZ FEMENINA  
EN LA NOVELA *LA VIUDA*  
DE MARÍA LUISA PUGA

*Ma. Andrea Olimpia Guevara Hernández\**  
*Ma. del Carmen Dolores Cuecuecha Mendoza\**

PRELIMINARES

María Luisa Puga (México D. F., 3 de febrero de 1944-†25 de diciembre de 2004) es una de las escritoras más entrañables de la novelística mexicana del siglo XX, sobre todo para la literatura feminista mexicana porque en su obra la escritora construye a sus personajes femeninos que transitan del rol tradicional al que la ha confinado su género, a la independencia como sujeto autónomo y valioso, como podemos observar en *Las posibilidades del odio* (1978), *Pánico o peligro* (1983), *Antonia* (1989) y en sus últimas novelas como *Inventar ciudades* (1996), *Nueve madrugadas y media* (2003) y *Diario del dolor* (2004). *La viuda* (1994) no es la ex-

\* Universidad Autónoma de Tlaxcala.

cepción y María Luisa Puga se inspira en la experiencia de una familiar que ha quedado viuda y a quien le dedica esta novela para recrear la historia de una mujer que de pronto se ha quedado sola, pero que paulatinamente construirá una vida independiente y plena.

### VIUDEZ Y VEJEZ: CIFRAS PARA QUE OS ESPANTÉIS, MUJERES

En el año 2000, el Censo de población de personas mayores arrojó los siguientes datos: el porcentaje de viudos de sesenta años en adelante era de 14.2 contra 41.4<sup>1</sup> que correspondía a viudas; cabe resaltar que en todos los rangos el porcentaje más alto se mantiene para las mujeres, quienes a los ochenta y cinco años o más alcanzan 75 por ciento, frente a 40 por ciento de los varones viudos.

¿Razones? Casi obvias: “Los más propensos a morir tempranamente son los varones, y se considera que los motivos de su *precoz* mortalidad están ligados a factores biológicos, así como a una vida laboral pesada y llena de frustraciones”<sup>2</sup> afirma Victoria Romero.

Esta condición de viudas, en sociedades patriarcales y muy tradicionales, las hace sumamente vulnerables al despojo, la pobreza, la discriminación, el aislamiento, la estigmatización (algunos las creen brujas), y en sociedades menos conservadoras, la situación de las viudas depende más del estatus y de la preparación profesional que de la condición en sí misma de mujeres viudas.

<sup>1</sup> INEGI, consulta en línea. [http://www.inegi.gob.mx/prod\\_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/adultosmayores/Adultos\\_mayores\\_web2.pdf](http://www.inegi.gob.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/adultosmayores/Adultos_mayores_web2.pdf)

<sup>2</sup> Romero, Victoria y B.V (2004). *Sexualidad, amor y envejecimiento*. Puebla: Dirección de Fomento Editorial, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, p. 166.

Sin embargo, es tal el grado de condiciones adversas enfrentadas por la viudez que la Asamblea General de las Naciones Unidas declaró en diciembre de 2010, el 23 de junio como Día Internacional de las Viudas; con esta decisión, (se) “brinda la oportunidad de llamar la atención sobre las muchas experiencias que las mujeres deben afrontar por primera vez a la muerte de sus maridos”<sup>3</sup> ha declarado en el discurso de 2011 el Secretario General de dicho organismo.

Realidad y no ficción, la de la viudez femenina en el mundo entero, que Puga, autora de once novelas, ensayos, cuentos y cuentos infantiles, sabe llevar a su obra *La viuda* (1994) donde varios de los tópicos y temas que ya la identifican estructuran el texto, a saber: “la escritura, el silencio, el colonialismo, la infancia, el vacío, el tiempo, el cambio, la crisis... Y México. México siempre”, afirman Erna Pfeiffer y Karl-Franzens.<sup>4</sup>

Sí, México siempre, y aquí Pátzcuaro, en Michoacán, estado en el cual la escritora acabó sus días después de una infancia en la orfandad materna, vivida en Acapulco; una juventud repartida entre Mazatlán y la ciudad de México, para después irse a Europa, establecerse después en Nairobi, Kenia, por un tiempo, regresar al Distrito Federal y padecer un secuestro en 1995 ficcionado en *Nueve madrugadas y media*, como sucede con otros acontecimientos de su vida en sendas obras,<sup>5</sup> pues María Luisa Puga no es de las que cuenta por contar, o, mejor dicho, no sólo cuenta a través de la ficción o la autoficción, su compromiso social es notorio en la escritura y ninguno de sus personajes protagonistas se puede salvar de él. Vero, protagonista de *La*

<sup>3</sup> Ki-moon, Ban (2011). Consulta en línea <http://www.un.org/es/events/widowsday/2011/sgmessage.shtml>

<sup>4</sup> Pfeiffer, Erna y Karl-Franzens (2006), “María Luisa Puga, Una conciencia descentralizada”. Consulta en línea <http://www.journals.unam.mx/index.php/ral/article/download/27368/25400>

<sup>5</sup> Cuecuecha Mendoza, María del Carmen Dolores. *María Luisa Puga. De la Autobiografía a la Autoficción*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Ediciones del Lirio, 2015.

*viuda*, no es la excepción, y desde su reciente viudez asume que también es parte de una historia y de un destino que no es únicamente individual.

Cabe destacar que *La viuda* es una de las pocas narraciones no consideradas dentro de la autoficción,<sup>6</sup> tipología narrativa “caracterizada por tener una apariencia de autobiografía, ratificada por la identidad nominal del autor, narrador y personaje”<sup>7</sup> según palabras de Manuel Alberca, ya que la escritora no padeció el estado civil de la protagonista, aunque sí recreó la historia de una conocida suya quien, en el funeral de su marido, expresó: “Ya me cansé de ser reina madre”<sup>8</sup> y también, como lo hizo en casi toda su obra, situó la anécdota en lugares donde vivió etapas significativas de su vida, la cual estuvo marcada por constantes cambios de residencia.

#### UNA REALIDAD CORRECTAMENTE NOMBRADA: VIUDO, VIUDA

“La muerte de uno de los cónyuges puede ser el reto más grande que se enfrente durante la edad adulta”<sup>9</sup> afirma Victoria Romero. Ya desde su etimología, del latín *Viduus*, que significa separado de, privado de, y está asociado a la raíz indoeuropea *weith* dividir, separar, con la que también se formó *dividere*, (dividir), la cual indica perfectamente el significado de nuestro adjetivo o sustantivo español que llegó por metátesis a viudo/viuda: como persona separada de su pareja matrimonial por la muerte, cuando queda dividida de la que se fue su mitad complementaria

<sup>6</sup> *Ibid.*, Cuecuecha Mendoza, 2015, pp. 34.

<sup>7</sup> Alberca, Manuel. *El pacto ambigüo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007, p. 194.

<sup>8</sup> Rojas Urrutia, Carlos. “María Luisa Puga”. Consulta en línea. <http://www.literatura.bellasartes.gob.mx/acervos/index.php/recursos/articulos/semblanzas/167-puga-maria-luisa-semblanza>

<sup>9</sup> Romero, Victoria. *Op. vit.*, p. 165.

en una relación asumida con voluntad, ferviente deseo y amor, como en este caso, aunque no es el común denominador para la época que la relación matrimonial haya sido voluntaria, deseada y, por tanto, llena de amor; sin embargo, si lo es, como en el caso de Vero, la pérdida es sumamente resentida por el sobreviviente, a tal grado que existe la expresión “dolor de viudo” que el *Diccionario de la Real Academia Española* define como un coloquialismo que se emplea para designar un “dolor muy fuerte y pasajero, como el que producen los golpes recibidos en ciertas partes del cuerpo poco defendidas por los músculos”.

En la etimología de viudo está su propia condición: cambiar de lugar, de la ubicación social, civil y hasta residencial que se tenía de casado: todo cambia, cambia todo y este proceso no es sencillo ni fácil humanamente hablando; hay factores atenuantes, según los expertos: “Adaptarse a la pérdida del cónyuge puede llevarse mucho tiempo, aunque se reduce si el individuo tiene cuando menos un amigo cercano que proporcione cuidados y apoyo durante el periodo de ajuste”<sup>10</sup> y ésta es la situación de Verónica, la amiga de Pina, quien se ha trasladado de Acapulco a Pátzcuaro al morir su marido Carlo, al cabo de cincuenta años de matrimonio y de vida familiar en un esquema tradicional: noviazgo, matrimonio por todas las leyes a los dieciocho años, hijos, familia, sumisión... Él trabaja, ella, en casa hasta que la muerte los separa ...

Esta situación de separación por muerte, fue padecida por la escritora desde su infancia: la muerte de su madre, ocurrida en esa etapa, “anticipa, configura y sirve como modelo vital y literario a todas las demás muertes narradas a lo largo de su extensa obra”, afirma Ana Rosa Domenella quien precisa: “Sin embargo, el tono no siempre es melancólico, en una novela como *La viuda* (1994) la protagonista Verónica, a los sesenta y

<sup>10</sup> *Ibid.*

ocho años y después de medio siglo de armonioso matrimonio, retoma las riendas de su vida [...]”.<sup>11</sup>

EL ESTILO PUGA:  
ARTIFICIO SIN REBUSCAMIENTOS

En su artículo *María Luisa Puga, Una conciencia descentralizada* Erna Pfeiffer y Karl-Franzens de la Universitaet Graz comentan “la poca espectacularidad de su estilo”. Adjetivan su escritura como

paciente, detallada, enamorada de lo fluido, sin trucos especiales, sin mayores experimentos formales. Siempre mirando de lado, de soslayo, reflejando su propio discurrir, autorreflexivo, metaliterario, anti-ilusionista. El lenguaje mismo, las palabras, la escritura, la lectura, se convierten en temas principales. Escribir como un modo de explicarse el mundo.<sup>12</sup>

Efectivamente, María Luisa Puga no se regodea en un barroquismo o en un experimentalismo que pierdan al lector en esta novela; por el contrario, la lectura fluye porque todo posee una sencillez léxica, sintáctica y, a pesar de que va combinando la narración en primera persona, con el diálogo y los monólogos interiores y las epístolas, nunca se pierde la coloquialidad que se ve aderezada con algunos regionalismos culinarios y toponímicos de Michoacán, donde las corundas son lo propio del desayuno y se pasea por pueblos con nombres tarascos: Zirahuén, Janitzio, Patamban, Tzintzuntzan, Eronga.

<sup>11</sup> Domenella, Ana Rosa (2006). “María Luisa Puga, del testimonio poscolonial al cuerpo del dolor: un camino reflexivo a través de la escritura”, en Ana Rosa Domenella (editora), *María Luisa Puga. La escritura que no cesa*. México: Tecnológico de Monterrey, Universidad Autónoma Metropolitana, Conaculta, Fonca, p. 31.

<sup>12</sup> *Op. cit.*

Asimismo, Puga no “pule” el idiolecto de los personajes, los deja hablar con sus “incorrecciones” de clase, por ejemplo, Doña Ana, la ayudante de Vero en Páztcuaro, le dice: “Me voy por un buen pedazo de carne con hueso, con harto tuétano, y así paso y me traigo las tortillas. Mientras se cocé la carne [...]”.<sup>13</sup> Evidentemente no le falta el “Nomás” en su repertorio.

Y a Vero también le hace decir frases como “Úpale”, “brincotean como chapulines” (p. 43), pero la mantiene en la corrección de una mujer escolarizada.

A Pina, le escuchamos un “No inventes” (p. 49), pero también el culto “viniste” (p. 80) y en sus constantes diálogos con Vero va pasando la vida al natural, la de todos los días, con sus momentos extraordinarios, pero siempre dentro de lo cotidiano, o sea, planear el día, la comida, ir por las tortillas, pensar sobre lo que nos preocupa, reflexionar acerca de algunas cosas provocadas por algunos sucesos u objetos, platicar sobre su pasado, el presente, hacer algunos planes para el día siguiente y siempre con la espontaneidad de la lengua propia de dos mujeres con algunos estudios, en cierta posición económica y social y Pina con una cultura lectora y literaria suficiente para iniciar a su amiga en este hábito y lograr su apasionamiento, como lo comentaremos en el siguiente apartado.

Los diminutivos aparecen bien acomodados en este habla mexicana por esencia: jovencitos, cuadrito, muchachitos, casita, caritas, poquito, ahorita, tonito, poquito, baulito, librito, carteritas, Verito, Pinita, igualito, puntitos, salita, Dieguito, nohecita, chiquita, bajito, solecito, diosito.

Parte del disfrute de la narrativa de Puga es, en esta obra, precisamente, la traslación del habla propia del origen, estatus y personalidad de los personajes.

<sup>13</sup> María Luis Puga (1994). *La viuda*, México: Alfaguara., p. 20. En adelante, la página de la cita que corresponde a esta novela, sólo se anota entre paréntesis.

LA VIUDEZ DE VERO:  
UNA RECONFIGURACIÓN GOZOSA

Decíamos que en la etimología de viudo está su propia condición: separar, cambiar de lugar, de la ubicación social, civil y hasta residencial que se tenía de casado. Esto es lo que vive Vero: del mar pasa a un pueblo rivereño, templado y, más bien frío, que a Vero le parece poco colorido en comparación con Acapulco; y reconoce: “Sin Carlo no soy yo. Soy una mitad abandonada, inservible... que sin embargo ve y siente cosas nuevas” (p. 89).

Este cambio de lugar de residencia conlleva la separación familiar: sus hijos, dos varones, Ernesto y Diego, una hija, María Teresa, y sus nietos se quedan en el puerto. Es gracias a su amiga de la infancia y de toda la vida, Pina, Francisca Barrera, dedicada a los bienes raíces, que compra una casa en el centro de Pátzcuaro, precisamente donde pasó su luna de miel (p. 65), para iniciar una nueva vida en su nuevo estado civil: viuda.

Ya hemos dado una definición de viudez, pero ¿cómo define la viudez la protagonista?

Primero habrá que saber cómo entendía el matrimonio, qué significaba para ella su marido y esta labor resultó muy interesante: las metáforas, las comparaciones son constantes, novedosas: “El marido es una habitación. Una está ahí, cómoda, protegida y así se va por el mundo. ¿No hasta fui a Europa? Cincuenta años viví en esa habitación” (p. 10)

Está asociado al mar: “La noche allá afuera no tiene mar, no tiene marido. Es una noche viuda” (p. 18) y la protección y seguridad de la casa matrimonial a un “barquito” donde se le proveía de todo, incluso de la lectura: “El marido leía, a ella y a sus hijos les informaba de lo que leía” (p. 28). En pocas palabras, “Carlo era el que lidiaba con el mundo, Él era el decidor, ella sólo una contestadora (p. 44). Carlo era su protección, la barrera que estaba “entre el mundo y yo” confiesa Vero (p. 88).

Carlo era el que hablaba, ella no tenía que decir nada (p. 98). Aquí refleja una tradición de género vigente en muchos casos: el hombre es el poseedor de la palabra, la mujer sólo su escucha, no la puede emplear, porque eso sería ganar poder, salirse del rol de sumisión femenina al cual la han condenado tantas sociedades y varones.

Esas cinco décadas de comodidad, de haber vivido “sin ver nada” (p. 74). O “de pasadita, mientras hacía otra cosa” (p. 87) se materializan, en este cambio de vida, en el baúl, su esperadísimo baúl que viajó en autobús, y no en el tren con ella, es una especie de *leitmotiv*. Vero lo aprecia porque lo identifica como “un pedazo de mí. [...] Siempre, desde que me casé, lo vi al abrir los ojos. A los pies de la cama. Siempre, siempre ahí” (p. 61). Opera como el símbolo de la vida matrimonial que ya no tiene sentido cuando se ha enviudado (p. 71), por eso lo regala, aunque, acaba en posesión de su hijo Diego, quien también ha sufrido una transformación en su vida.

En el matrimonio, disfrutó su maternidad y la vida fue “una sola línea ininterrumpida, sonriente la mayor parte del tiempo” (p. 93).

Como viuda, ella se autodefine así: “Una viuda acapulqueña. Blanca y rica. Y ahora, encima de todo, ociosa” (p. 54), pero, al principio, teme “ser la viuda, amiga de doña Pina” (p. 13) con algunas rarezas, porque “lo propio de una viuda sería levantarse, hacerse un café y luego disponer con doña Ana la comida. Tejer, tejer un buen rato. Podar las plantas también, ir a la basílica” (p. 42) y ella no lo hace así. Sin embargo, se sabe en una transición difícil, aunque esté lejos de Acapulco, donde sería “La viuda del ingeniero Quiroz”, pero fuera de allá expresa: “sin mi marido no sé quién soy. Tengo un vago recuerdo de quién era antes de casarme” (p. 42).

Tal vez por eso, necesita “platicar” constantemente con Carlo, lo interroga sobre cómo es el más allá, cómo es la muerte, cómo es morir (p. 107); a veces le cuenta la vida que ahora lleva, otras, le pregunta si aprueba su nueva vida, su nueva for-

ma de pensar y de ver el mundo. Finalmente, ella sigue siendo, hasta para Pina, “la señora Quiroz”.

Respecto a la viudez, en la novela también abundan las referencias para delimitarla, para conceptualizarla “[...] nueva sensación de nada” (p. 21). Por una parte, en el matrimonio, afirma que uno está “tan acostumbrado a la geografía de la cama matrimonial [...] a esa respiración a dúo [...] a ese ver el mundo desde dos puntos de vista” (p. 117), así que cuando murió Carlo, “se le desmanteló toda la realidad” (p. 93) y, una vez finiquitada esta relación, el marido se le volvió “desconocido” (p. 10), la misma manera que ella llegó: “a un nuevo mundo. A empezar una nueva vida” (p. 38) según las palabras de Pina.

Al tratarse de una situación desconocida, Vero debe ir aprendiendo muchas cosas y su “primera lección de viuda: [...] [es] “hacer como si todo fuera natural” (p. 23), porque asume “[...] simplemente me estoy saliendo de esa habitación que fue mi matrimonio, mis hijos, mi vida en Acapulco” (p. 10). Ahora va a “aprender a vivir sola” (p. 11). Su ocio actual lo considera un aprendizaje. Dice: “aprendo a ver las cosas como nunca las vi antes” (p. 52). Es la “primera vez en su vida que se pone a pensar en algo más que en la familia” (p. 73). Es el tiempo de su soledad sólo acompañada por Pina, su amiga de siempre, pues, la vida social sin el marido “ya no le interesa” (p. 52) y “desde que murió Carlo” hace un recuento verdadero de los años vividos (8). Declara: “Todo es tan nuevo, tan desconocido...” (83) y se percibe “como si no tuviera imagen”. No sabe si es invisible o es otra persona. Pero ahora, sola puede, “decir todo lo que quiera” (p. 44).

Va aprendiendo, además, a oír su soledad y sin que le duela y, lo más sorprendente todavía, expresa “para mí, que nunca antes me senté a leer un libro, oigo las voces de los libros”. Pina la ha motivado a leer al prepararle un librero con títulos como *Acapulco. Monografía anecdótica* (p. 124). *La conquista de la Nueva España* (p. 119). *Antología de Pátzcuaro, Antiguo colegio de Pátzcuaro* (p. 42), la *Historia de la Ciudad de México* y ya le tiene listos *El arte del ocio*, de Herman Hesse, *La lengua absuelta* de Elías Canetti y *Mágicos y*

*lógicos* de André Maurois. Logra que Vero se apasione con la lectura. Afirma: “Me fascina y todavía no sé por qué. Sólo quiero leer más y más [...]” (p. 92) incluso, lee *Storming Heaven. LSD and the American Dream* de Jay Stevens (p.79) por recomendación de Gerardo Pedraza, joven profesor de literatura, un tanto hippy, desde el punto de vista de Pina.

Las lecturas le permiten a Vero irse creando una conciencia social, ecológica, y, a Puga, le dan el pretexto para hablar de uno de sus tópicos constantes: la utopía, con ello no nos deja olvidar el compromiso social que tenemos. En este sentido, hay párrafos intercalados en las reflexiones de Vero y en las pláticas sostenidas con Pina, con sus hijos, con el joven Gerardo Pedraza. Escuchamos de boca de Pina: “Vero, pero sí es muy preocupante lo que le hemos hecho al mundo y ni siquiera podemos desarrollar una sociedad humana justa” (p. 56). Ahora, Vero tiene conciencia política: “Las compañías farmacéuticas, la CIA, la derecha, los intereses políticos y económicos, todo eso robó al ser humano de una posibilidad real de desarrollo ...” (p. 97). Se pregunta: “¿quién nos engaña? ¿Qué es eso del sistema, las constituciones, los gobiernos?” (p. 106) y sale también de los labios de la acapulqueña: “Cada sexenio hay un nuevo proyecto para salvar el lago y nada. Y no nada más el lago; los bosques, la naturaleza en general. [...] Así se siente en todo el estado: saqueado, pisoteado por los seres humanos” (p. 56). La historia leída le hace comprender que la lucha por la tierra es una “reverta antigua como los tiempos” (p. 57).

### CONSIDERACIONES FINALES

Del inicial “Me da miedo” al final “Fue una bella Navidad” (p. 139) entre los que estuvo el “Soy una viuda y tengo tanto derecho como cualquiera a descubrir el mundo” (p. 97) sólo transcurrieron tres meses, pero bastaron para que Vero, quien le temía tanto a la guerra como a la llegada de la Navidad, es decir, a

la llegada de sus hijos, de sus hermanas, superara la condición de viuda deprimida y se convirtiera en una mujer con sesenta y ocho años suficientes para emprender el proyecto de una librería-café en Pátzcuaro.

Al éxito de este proceso, contribuyeron factores como la buena posición económica de la familia Quiroz cuyo hijo, Diego, estudió en el Tec de Monterrey, por ejemplo; además, la ayuda, para la compra de la casa, y la compañía de Pina, determinante para que Vero se adaptarse a su nueva situación. Muy distinto hubiera sido el panorama, si Puga escoge como protagonista a una viuda pobre y sin amiga.

De septiembre a diciembre, esta viuda reconfigura su personalidad, sus valores, su perspectiva de la vida. Pasa de la sumisión al valor para decirle a Carlo “Y tú ahora eres yo. Durante cincuenta años yo fui tú. Te toca” (p. 131).

Fue capaz de guardar sus “cincuenta años de casada en algún cajón con naftalina” (p. 51) y de deshacerse del baúl (p. 93), símbolo de su tranquila y hasta feliz vida matrimonial, pero sin consciencia ni personalidad propia. Ahora, está preparada para “descubrir el mundo” sin el apoyo del cónyuge. Ahora su identidad no depende del marido, ni de los hijos, lo que no significa ni arrepentimiento ni rechazo, sino la asunción plena de una realidad donde se vislumbraba un futuro a pesar de todo, donde la viudez se gira hacia la posibilidad y la oportunidad de tomar o retomar de la vida lo que nunca antes dio tiempo de hacer, se pudo hacer ni se creyó capaz de hacer.

Coincidimos con la conclusión de Aralia López González cuando analiza la novela *Pánico o peligro* y afirma: “[...] María Luisa Puga restituye a la literatura su valor como instrumento de comprensión, explicación, comunicación y valoración de la experiencia humana. De esta manera se opone a la muerte del sujeto y a la manipulación de su conciencia”<sup>14</sup> porque, después

<sup>14</sup> López González, Aralia. *Pánico o peligro*. “Literatura de la diferencia”, en *María Luisa Puga. La escritura que no cesa*. *Op. cit.*, p. 58

de concluir la lectura de novela, vemos que Vero es ese personaje valiente, animoso, motivador, ejemplar con el cual María Luisa Puga nos invita a continuar la vida aun en la invalidez emocional de la viuda para quien las circunstancias no son fáciles; sin embargo, entiende que murió su marido, que se acabó el matrimonio, pero no se acabó la vida y todavía hay que hacer mucho por el mundo. El compromiso social de Puga trasladado a su narrativa no perdona ni a esta viuda, mujer en la orfandad, como la misma Puga, pero no imposibilitada para vivir, ahora sí, una vida propia.